

Retos y adversidades del ayer y hoy para el Psicoanálisis

Marco Antonio Ródiz R.

Atiendo el llamado a escribir algo en torno a las adversidades y vicisitudes en la que nos encontramos actualmente frente al COVID19. Confinados en nuestros hogares, llenos de incertidumbres y temores tanto como de responsabilidades con nuestros pacientes y por supuesto, nuestras familias. Pero también es una gran oportunidad para replantearse nuestra labor, como psicólogos, psiquiatras, psicoterapeutas, candidatos y aún más como seres humanos. Nos queda el reto de sobreponernos a las adversidades y temores, para seguir generando entornos saludables de desarrollo y crecimiento, no solo en nuestra área profesional, sino también en nuestras vidas. Por eso me permito hacer un pequeño recorrido, que como aspirante a ejercer la noble tarea dejada por Sigmund Freud, puedo rastrear a lo largo de nuestra historia como ciencia y arte, en medio de terrores e incertidumbres.

Creo que queda claro que las adversidades forman parte indiscutida del crecimiento y desarrollo de cualquiera de nosotros y el Psicoanálisis, por supuesto, no escapa a las mismas. Entonces podemos entender también, cómo sobre los conflictos el Psicoanálisis ha podido mantenerse firme, en medio de las tendencias destructivas con las que se ha encontrado.

Siguiendo este hilo, ya Freud en Diciembre de 1914, con 58 años, se comienza a enfrentar a las adversidades globales, aunque en este caso sería la “pandemia” de la guerra. En Enero de 1915, Freud se despidió de su hijo Martin quien era llevado a la guerra y en Febrero del mismo año, apenas unas pocas semanas después, presentó un discurso en la sociedad de judíos sobre el impacto emocional de la guerra, que luego lo llevarían a publicar dos trabajos más como “*Nuestra Actitud ante la Muerte*” y posteriormente otro titulado “*Consideraciones sobre la Guerra y la Muerte*”. En estos discursos, Freud toma una postura claramente irónica, que el mismo Ferenczi describió como “descarada... inspirada en el humor negro” (Breger, 2001). Es incuestionable pensar aquí, en psicopatología de la vida cotidiana y cavilar sobre la angustia que sentía ante la sensación de pérdida que sufría por sus hijos, pero que lograba disipar, al referirse a la angustia de la sociedad en general. Como también podría considerarse, que el darme la oportunidad de retomar mis lecturas y tratar de organizar este escrito, también sería una forma de contrarrestar la realidad a la que me enfrento como ser humano, como padre, como esposo, como compañero y profesional.

Freud con su genio logra elaborar, dentro de esta situación, muchos de los mayores avances del psicoanálisis, pero sobre todo, comienza a realizar una aproximación sobre la teoría pulsional, ante la ya incuestionable presencia de una pulsión opuesta a la pulsión de vida, con lo que infringe una nueva herida narcisista a la humanidad (recordemos que la primera le correspondió a Copérnico al decir que la tierra no es el centro del universo, luego Darwin quien dice que el hombre desciende del mono y finalmente, Freud quien afirma que muchas de nuestras acciones escapan de nuestro control, es decir, que son inconscientes), pero ahora devela, que la maldad humana le es inherente a ella misma y sobre esto afirma que “parece realmente como si tuviéramos que destruir otras cosas para no destruirnos a nosotros mismos, para protegernos contra la tendencia a la autodestrucción. ¡Triste descubrimiento para los moralistas!” (Freud, 1933).

Entonces, mientras el mundo se encontraba sumido en el caos destructor de la guerra, Freud elabora nuevas teorías y revisiones de sus proyectos. Al punto que solo en el año 1915, escribió 12 ensayos. Paralelamente ese mismo año le escribe a Lou Andreas-Salomé sobre sus hijos Ernst y Martin quienes estaban en la guerra y le dice: “Mi segundo guerrero tuvo un golpe de suerte similar al de su hermano mayor. Resultó que no estaba en el refugio subterráneo donde todo el equipo y tripulación que se encargaba de la artillería se había refugiado durante la batalla... y por lo tanto, fue el único que escapó de ser enterrado vivo por un golpe directo... en cambio, mi hijo mayor, un día regresó a casa condecorado con la medalla de plata al valor...” (Breger, 2001).

En su artículo llamado *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*, de 1915, inicia dicho artículo con lo siguiente:

Arrastrados por el torbellino de ésta época de guerra, sólo unilateralmente informados, a distancia insuficientemente de las grandes transformaciones que se han cumplido ya o empiezan a cumplirse y sin atisbo alguno del futuro que se está estructurando, andamos descaminados en la significación que atribuimos a las impresiones que nos agobian y en la valoración de los juicios que nos formamos. Quiere parecernos como si jamás acontecimiento alguno hubiera destruido tantos preciados bienes comunes a la Humanidad, trastornado tantas inteligencias, entre las más claras, y rebajado tan fundamentalmente las cosas más elevadas. ¡Hasta la ciencia misma ha perdido

su imparcialidad desapasionada! Sus servidores, profundamente irritados, procuran extraer de ellas armas con que contribuir a combatir al enemigo. El antropólogo declara inferior y degenerado al adversario, y el psiquiatra proclama el diagnóstico de su perturbación psíquica o mental. Pero, probablemente, sentimos con desmesurada intensidad la maldad de esta época y no tenemos derecho a compararla con la de otras que no hemos vivido (Freud, 1915, pág. 2101).

Si me permito contextualizar la situación de la familia Freud, durante estos trabajos, podemos encontrar que ya se notaban las privaciones y el estado de ánimo fluctuaba constantemente. La familia se encontraba sufriendo por la falta de calefacción, la oscuridad y el frío le impedían su habitual trabajo nocturno, la muerte de un sobrino en la guerra, afectaba al entorno familiar y le acentuaba la angustia sobre sus propios hijos que se mantenían al frente de la guerra. Además evidenciaba el sufrimiento de la población civil de Austria- Hungría, con un bloqueo naval aliado, combinado con las exigencias de la guerra, la carencia de alimentos y las cartillas de racionamiento para recibir el poco apetitoso y ordinario “pan de guerra”. Sin embargo, en medio de todos estos acontecimientos, recibía hasta ocho pacientes al día. En noviembre le escribe con alegría a Ferenczi, al que le informa que ya se había fumado su último puro y que se encontraba de mal humor, impotente y claramente amargado, pero un paciente le trajo cincuenta como forma de pago y pudo alegrarse nuevamente (Breger, 2001).

Ya luego en 1932 se da un intercambio de correspondencia con Albert Einstein, en el que se aproxima a responder la sorpresiva pregunta que éste le hiciera “¿qué podría hacerse para evitar a los hombres el destino de la guerra?”. En este sentido le indica que esta facilidad de poder entusiasmar a los hombres para la guerra, se deriva de un instinto del odio y de la destrucción. Aquí acepta que las pulsiones de los hombres se agrupan en dos categorías, o aquellas que tienden a conservar y unir, las eróticas o que bien serán aquellas que tienden a destruir y matar, lo que sería comprendido bajo los términos de pulsiones de agresión o de destrucción; ambas representarían una transfiguración teórica de la antítesis entre el amor y el odio, entre la atracción y la repulsión. Sin embargo, ambas pulsiones son imprescindibles en la vida y de su acción conjunta surgirían sus manifestaciones (Freud, 1932).

Ahora bien no pretende igualar nuestra época a la de Freud, ni mucho menos, pero quizás si dejar claro, que nos corresponde ahora, como herederos de este compromiso, seguir

trabajando, poniendo lo mejor de cada uno de nosotros en nuestras respectivas áreas, apuntando aún al éxito y desarrollo, a nuevos avances e incluso, replantearnos las certezas que desde nuestros respectivos consultorios teníamos. Nos toca modificar nuestros encuadres, atrevernos a la atención en línea o telefónica, continuar con nuestros propios análisis, supervisiones, y seminarios por la misma vía. Atender a nuestros pacientes desde un nuevo espacio, permitirles de alguna forma, la entrada a nuestras casas, tanto como ahora ellos nos los permiten a nosotros. Mantener presente la incertidumbre con respecto a los honorarios, no solamente desde la ya acostumbrada inflación, pagos en otras monedas, tanto como ya nos tocó pasar a las transferencias y depósitos, pagos móviles, pues los que alguna vez hicimos pagos en efectivos, al concluir la sesión, eso ahora parece ser muy distante.

Nos toca también enfrentarnos a un mundo cambiante, lábil globalizado, en el que la información parece rebasarnos, donde entre informaciones y noticias, de las que por distintas razones podemos dudar de su veracidad, pero también de chistes o de los conocidos memes, que siguen funcionando como expresión de la Psicopatología de la Vida Cotidiana y de alguna forma, sirve en ocasiones, para disminuir los altos grados de tensión sobre los que se vive, pero también se pueden transformar en un terrible recurso para lastimar, herir y criticar al otro, sin poder hacer uso de la empatía para comprender, que el otro llevará su proceso de cuarentena, duelo, ansiedad, incertidumbre o cualquier otro, con sus propios recursos y formas.

Nos encontramos bajo la esperanza de vacunas, respuestas farmacológicas, pero también bajo la expectativa de una crisis económica que se avecina, incluso más allá de la que nos encontramos, con las presiones que recaen sobre un sistema de salud altamente limitado, cuando pareciera que la prevención del virus, podría hacerse muy efectiva con tapabocas y lavados de manos, pero adquirir los tapabocas e incluso contar con el servicio de agua en nuestras casas, lugares de trabajo e incluso nuestros hospitales, pasó a ser una excepción de lujo. Así como los combustibles para nuestros vehículos, el gas para nuestras cocinas y hasta el servicio eléctrico y de internet, quienes ya se habían asumido como una variable siempre presente en nuestro acontecer diario. Dejándonos todo esto, con más preguntas y temores, que esperanzas.

Sin embargo, confío en que cada uno de nosotros, insisto, desde nuestros propios espacios, tendremos mucho que aportar y que estas adversidades que hoy nos han tocado, también nos dejen el espacio para generar, así como nuestro padre Psicoanalítico lo hizo cuando le correspondió. Ahora nos toca hacerlo y espero que desde las líneas aquí escritas, las

que vendrán, las que leeré de colegas y maestros, se vaya trazando con paso firme, esta nueva huella.

Para terminar reforzando con mucha más de esperanza me remitiré a un pequeño relato de Freud, cuando se encontraba caminando con un gran amigo y un poeta, éste último, ante la próxima llegada del invierno planteó que toda esta belleza es perecedera y terminará desapareciendo por completo. Freud consideró que ante lo perecedero existirían dos posibilidades, la primera posicionarse con hastío hacia el mundo, así como este poeta. La segunda en cambio, dirigiría hacia una rebeldía contra esa pretendida fatalidad. Ante la caducidad de la belleza, no se puede ver enturbiado la cualidad de belleza existente. Si bien ante su pérdida tendremos que emprender un duelo, este desaparecerá de forma espontánea, cuando se haya renunciado a todo lo perdido, dejando libertad de tomar nuevos objetos y sustituirlos por otros y que en este caso, la estima de nuestros bienes culturales, confirmaremos que no ha sufrido menoscabo alguno por la experiencia de la fragilidad y que podremos volver a construir, lo que en ese caso señala la guerra, sobre un terreno mucho más firme y con mayor perennidad (Freud, Lo perecedero, 1915).

Referencias

- Breger, L. (2001). *Freud, el genio y sus sombras*. Buenos Aires, Argentina: Javier Vergara editor.
- Freud, S. (1915). Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte. En S. Freud, *Obras Completas de Freud*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1915). Lo perecedero. En S. Freud, *Obras Completas de Freud*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (Septiembre de 1932). El porqué de la guerra. En S. Freud, *Obras Completas de Freud* (Vol. III). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1933). Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis. En S. Freud, *Obras Completas de Freud* (Vol. III). Madrid: Biblioteca Nueva.